

“La lectura y la escritura son espacios desde los que [...] de vez en cuando se ve la calle, quiero decir la Calle, o sea, el mundo”

JUAN JOSÉ MILLÁS

Casi al mismo tiempo que Samuel Johnson pronunciaba su famosa frase “quien se aburre en Londres se aburre de la vida”, Jane Austen se quejaba de que “nadie podía estar sano en este lugar”. El escritor escocés William Shenstone miraba el asunto de otro modo y aseguraba que nunca se podía estar seguro de nada en la capital inglesa aparte de lo cara que era. La percepción que cada uno tenemos de las ciudades pasa por nuestra experiencia, nuestros deseos y por nuestra manera de pensar. Por eso, un concurso de relatos con un tema tan extenso como Londres prometía no sólo ser revelador sino contar con una participación tan diversa como lo es la propia ciudad.

El I Certamen de Relatos El Colectivo ha sido un éxito porque ha conseguido que casi ciento cincuenta personas crearan una historia que podría haber ocurrido en las calles de Londres. Algunas se han basado en vivencias más personales, como la llegada a una ciudad desconocida e inmensa o la adaptación a una cultura diferente. Otras, han buscado momentos del pasado o incluso del futuro donde la realidad se transforma en un lugar que sólo nos podemos imaginar.

Los dos relatos ganadores que se presentan aquí son el fruto de la deliberación de un jurado excepcional, compuesto por escritores, periodistas y personalidades de la cultura, que viven y trabajan en Londres. Son historias muy distintas. Dos hombres y un destino es un relato cómico en la tradición de las películas de Berlanga con un humor inspirado en un Londres bastante cañí. Azul negro una narración intrigante sobre la relación real y deseada

entre un hombre y su estudiante de inglés.

Los premios necesitan ganadores pero me gustaría dar las gracias a todos los participantes por su esfuerzo en imaginar, escribir y enviar los relatos aun viviendo en lugares tan distantes como Cuba, Argentina o Israel. Y por supuesto a los patrocinadores, sin los cuales este Certamen no hubiera sido posible. El primer premio ha sido cortesía de Ibérica Food and Culture; el segundo del Instituto Cervantes de Londres.

Ahora, lectores, es su momento para participar del veredicto. Espero que disfruten.

Laura Rodríguez  
Realizadora del Certamen

## Miembros del jurado

### JIMMY BURNS

Nacido en Madrid, es un periodista y autor anglo-hispánico. Ha trabajado en medios internacionales como *Financial Times*, BBC, Sky News, CNN, *El Periódico* y *El Mundo*. Sus libros, publicados en inglés y castellano, abarcan temas tan variados como el FC Barcelona y el Real Madrid o las biografías de Diana Princesa de Gales (co-autor) y Diego Maradona. Su más reciente opus, *Papa Espía*, trata sobre el espionaje de su padre en la España de la Guerra Civil y la II Guerra Mundial.

[www.jimmy-burns.com](http://www.jimmy-burns.com)

### JUAN BLAS DELGADO RAMOS

Nacido en Riotinto, Huelva, en 1967. Es licenciado en Filología Clásica por la Universidad de Sevilla y actualmente trabaja como Jefe de Actividades Culturales del Instituto Cervantes de Londres, ciudad a la que se trasladó en septiembre de 2010. Anteriormente desempeñó las mismas funciones en los centros de esta institución en Lisboa (2000–05) y Nueva York (2005–10).

### IÑIGO GURRUCHAGA

Corresponsal en Londres de los medios regionales de Vocento. Es autor de *El Modelo Irlandés*, reportaje sobre el proceso de paz en Irlanda del Norte, y *Scunthorpe Hasta la Muerte*, basado en el itinerario de Alex Calvo-García en el fútbol inglés. Es coautor de *Tormenta del Desierto*, sobre la primera guerra en el Golfo, donde trabajó como corresponsal y, con John Bew y Martyn Frampton, de *Talking to Terrorists*, un estudio del conflicto terrorista en Irlanda del Norte y en el País Vasco.

### LALA ISLA

Lala Isla vive en Londres desde hace 33 años. Licenciada en antropología, ha coproducido dos documentales: *Extranjeros de sí mismos* y *El Exilio español*. Su primer libro fue *Londres pastel sin receta* publicado por Random House y ha coordinado y editado *Aventuras en la Nostalgia*. Ha sido miembro de la junta directiva del refugio latino y vicepresidenta del Women's Therapy Centre. En este momento está terminando un libro y tiene otros dos al retortillo. Trabaja una vez a la semana en History Talk, organismo que recopila la historia oral de las minorías.

## Relato ganador y finalista

### **Ganador**

Dos hombres y un destino

MIGUEL PAZ CABANAS

### **Finalista**

Azul negro

HORACIO CONVERTINI

# Dos hombres y un destino

MIGUEL PAZ CABANAS

La mañana del 25 marzo de 1968, sentado en un avión de propulsión a chorro, Ignacio Torices Abad, detective privado, volaba hacia Londres acompañado por un miembro de la policía secreta española, cuyo apodo, El Calvo, no se debía a una deficiencia capilar, sino al apellido que le correspondía por consanguinidad desde tiempos inmemoriales. Los dos se habían conocido medio año antes, diremos que en circunstancias insólitas, pero que habían sido el preludio de una misión que mantendría en vilo al mismísimo régimen de Franco.

Agustín Calvo, natural de Écija y casado con una manchega que le había proporcionado once hijos, ejercía como comisario en el distrito de Vallecas, donde le precedía un prestigio de modales broncos y métodos poco ortodoxos. De complexión robusta, su forma de andar por las calles tenía algo de apatía desafiante, lo que inspiraba en los maleantes madrileños un legendario pavor. Poco imaginaba el comisario que su culo flotaría semanas después en las aguas del Río Támesis, pero la palidez de su rostro denotaba que la idea de volar sobre el océano no era, en ese momento, y a pesar de su bizarría, una contingencia placentera.

Para Ignacio Torices, su compañero, aquel también era su primer viaje en avión. Huelebraguetas de poca monta, adicto a las paellas de arroz caldosa y las copitas de chinchón, la causa de su presencia se atribuía a su parentesco con un subsecretario de Estado y a que, pasmosamente, poseía un somero pero aseado dominio del inglés. Torices lo había adquirido gracias a un curso por correspondencia y al hecho, quizá menos voluntarioso, de haber ejercido de crupier en las Islas Canarias.

La gestión que tenían que realizar estos dos hombres en tierras británicas era poco menos que un secreto de Estado. Citados a la misma hora y en el mismo despacho por un funcionario que ostentaba una oscura autoridad, las palabras que éste les había dedicado medio año antes todavía resonaban en su mente, aureoladas por una vehemencia teñida de presagios:

—Se espera de ustedes —les conminó en tono solemne— que cumplan

su trabajo con discreción y eficiencia ejemplares, a expensas de recibir los máximos galardones... o pasar el resto de sus días persiguiendo pulgas en una penitenciaría.

A lo que el policía había respondido entrechocando sus talones con el brazo en alto, mientras Torices, más impresionable, se sobaba imprudentemente el cuello de la camisa.

El mismo Caudillo los recibiría en El Pardo antes de partir, recodándoles la lista de afrentas que la patria había sufrido a manos de la pérfida Albión. No nos fallen, les dijo con su voz de falsete, entregándoles personalmente los billetes para el vuelo.

En Londres, a pesar de haberse iniciado la primavera, lucía una escarcha póstuma en los árboles y hacía un frío húmedo y clerical. La secular niebla de la City se derramaba desde Camden Town hasta la Abadía de Westminster, y el Río Támesis, fiel a su leyenda, bajaba más lúgubre y turbio que nunca. Alojados en una lujosa pensión de Brompton Road —no se había reparado en gastos: algo que desconcertó a los dos hombres de manera distinta—, Calvo y Torices se quedaron ensimismados largo tiempo, hasta que, recordando la imagen de las pulgas y los pijamas de los presidiarios, decidieron que era hora de ponerse en marcha.

Lo cierto es que, por asombroso que resulte confesarlo, ninguno sabía exactamente en qué consistía su misión. O mejor dicho, cuál era el objetivo de la misma, pues lo que sí habían recibido era una serie de pautas minuciosas, que incluían un vestuario excéntrico, unos contactos impredecibles y el nombre de un local —pub, lo llamaban— donde dar comienzo a la rueda de sus pesquisas.

La bruma opulenta que empapaba Londres esa tarde no impedía que la ciudad hiciese gala de su cosmopolitismo, reflejando la delicia mística que, de un modo exaltado, habían dejado en Europa los años sesenta. Las plazas eran estuches de colores, llenas de jóvenes lánguidos y risueños, que paseaban despreocupados bajo la indulgente mirada de los bobbys. A costa de mimetizarse, Calvo se había vestido con las ropas de un hippie, mientras Torices, con su chaqueta Harrington y sus pantalones de mezclilla, tenía, probablemente, un aire más *mod*. Ambos se encontraban igual de ridículos —quizá un poco más Calvo, con su cinta en la frente y su blusón

estampado—, pero eso no les impedía caminar por la calle con aire resuelto, con el arrojo de quien se dirige lealmente a cumplir un servicio capital.

El primer paso de su periplo lo dieron en pleno Soho, entre las brumas —éstas menos gélidas— de un pub donde no cabía ni un alfiler. Les llevó un tiempo dar con su contacto —por fortuna, un camarero español—, por lo que al distinguirlo entre la muchedumbre de caras rubicundas —transportando con aplomo una bandeja llena de pintas espumosas—, los dos hombres, visiblemente nerviosos, se miraron a la vez con alivio.

—¿Es usted Benavente? —le inquirió el comisario Calvo.

—No; soy de Cuéllar, Segovia.

—Me refiero a su apellido, cojones.

—Dispensen, con este ruido no se entera uno de nada. Les estaba esperando. Vengan.

El camarero Benavente nacido en Cuéllar era un hombre cachazudo e informal, poco dado a las pompas y ceremonias que tanto complacían a los ingleses. Enseguida trabó amistad con sus compatriotas, y aunque ignoraba la causa de su presencia, se prestó a ayudarles sin ningún reparo.

—Me llamó un primo de Toledo, Armando Ruiz, no sé si habrán oído hablar de él: es empresario musical, vamos de esos que organizan festivales de todo tipo; imagínense, incluso estuvo a punto de participar en el de esos melenudos de Liverpool, los bitels, o como quiera que se llamen. El caso es que me dijo que vendrían dos amigos suyos a conocer Londres y de paso intentar fichar a una estrella pop. ¿Me equivoco?

El comisario Calvo y el detective Torices asintieron al unísono, sin tener muy claro de qué iba el asunto. No conocían al tal Armando y la idea de reclutar a un músico inglés les resultaba estrambótica, pero no entraba en sus planes poner en duda las consignas del Caudillo. El comisario carraspeó con una flema solemne y, recolocándose la cinta que se deslizaba sobre su frente a causa del sudor, inquirió:

—¿Tiene más instrucciones?

—Lo que me llegó es un sobre lacrado para ustedes, que me enviaron por valija diplomática. Imagino que se trata de algo serio, ¿no?... ¿Gibraltar, acaso?

El comisario dio un respigo al oír aquel nombre deshonoroso y se puso tieso como un poste.

—Concierne, sin duda, a un asunto de Estado —replicó con sequedad—,

pero tenemos órdenes de guiarnos según la más estricta reserva. ¿Ha comprendido, Betanzos, digo Benavente? —agregó con un timbre amenazador. El otro, lívido, se limitó a ir por el sobre y a entregarlo con inusual rapidez.

—Por supuesto, faltaría más, perdonen mi imprudencia... Les ruego que...

—Olvídelo —zanjó Calvo. La patria sabré agradecerle su discreción y su entrega desinteresadas. En fin, creo que no tenemos más que expresar nuestra gratitud y marcharnos de aquí, ¿no, Torices?

Pero en ese momento entraba en el pub una liga de jovencitas ligeras de ropa que, entre risas, dejaron en el aire una estela de promesas e insurrección.

—¿No podríamos quedarnos a tomar una cervecita, comisario? —propuso el detective al verlas.

En un raptó de lucidez, mientras veía sus calzoncillos colgados de una lámpara de Tiffany's y su polla entre los golosos labios de una inglesa de cutis oscuro, Ignacio Torices Abad, se preguntó con una mueca de estupor lúbrico cómo había llegado a esa situación.

La situación se remontaba a una velada de origen dudoso, vinculada a una fiesta con invitaciones exclusivas y formalizada nocturnamente en una mansión de porte aristocrático. En su interior, sin embargo, no parecían hospedarse miembros de la realeza británica, sino una serie de tipos piltrosos que, rodeados de mujeres y alcohol, entonaban estridentes himnos psicodélicos. En medio de aquella orgía acústico-carnal, Calvo y Torices (que se suponía acudían de incógnito, o representando un papel falso), se hallaban bastante aturcidos, aunque en ningún instante habían perdido el norte de su misión: que consistía en permanecer el tiempo necesario en aquel territorio (que Calvo, con énfasis catequista, había calificado de diabólico), hasta dar con un representante de bandas musicales llamado Rudolph Hughsbury. Sucedió que el susodicho no se personó hasta bien avanzada la noche y los dos españoles tuvieron que adaptarse como pudieron al clima libidinoso que impregnaba la casa.

En honor del comisario Calvo, diremos que mantuvo en todo momento la compostura y que, fuera de una larvada agresividad suscitada por sendos gintonic, no perdió en ningún momento el decoro, conservando intacta su honra y lucidez. Lamentablemente, Torices sí se dejó arrastrar por



sus impulsos más procaces y acabó como hemos descrito hace sólo unos párrafos.

A las dos de la madrugada, hora inglesa, Calvo consiguió entrevistarse con Hughsbury, al que pudo reconocer por la descripción que figuraba en el sobre lacrado que les entregara Benavente. Se trataba de un galés escuálido, de ojos bulbosos, vestido con una visera de cuero y una horrorosa casaca verde. Es probable que en otro contexto —pongamos que hablamos de Madrid—, Calvo lo hubiese tomado por lo que era, es decir, un inglés afeminado y perverso, y le hubiese hecho pasar unas horas intempestivas entre las paredes de algún calabozo. Pero no le quedó más remedio que contenerse y seguir al pie de la letra las órdenes que le habían encomendado.

A Calvo le sorprendió que Hughsbury le hablara directamente, en un español sazonado de giros malagueños.

—Spain is great! —exclamó el otro —I love to go there in the summer. Last wild spot in Europe... is so chic... so virginal!... Pero, perdone, me estaba dejando llevar por la nostalgia... Mi nombre es Hughsbury, Rudolph Hughsbury, y usted debe ser Mr. Calvo, supongo.

Sobre el papel, y sin muchas certezas, las instrucciones que tenían que seguir los dos españoles eran un tanto singulares, pero en lo medular resultaban muy simples: ser conducidos hasta una estrella del pop, simpatizar con él y, con la excusa de proponerle una gira por tierras españolas, conseguir que al día siguiente —una fecha que se marcaría con una cruz en los anales de las hazañas patrióticas —no pudiese acudir a cierto evento. El intermediario era Hughsbury, el lugar aquella residencia, y la ocasión se suscitaba a lo largo de la noche.

Por extraño que parezca, todo salió a pedir de boca (sobre todo para Torices), de no ser porque el destino, que además de burlón suele ser tortuoso, movió las piezas en torno a un desenlace que ninguno de los españoles esperaba. Broche final que, no obstante, explicaría el siniestro fin de Calvo y, paradójicamente, el éxito de su misión.

Pero no adelantemos acontecimientos. Una hora después de conocer a Hughsbury y tras recuperar a un desaforado Torices —cuya ebria cabeza remojó varias veces en una tinaja ventruda— Agustín Calvo lograba, finalmente, su principal propósito: entrevistarse con el famoso Cliff Richard, mientras ensayaba una torpe sonrisa y se hacía pasar por un próspero hombre de negocios. Torices cumplió como pudo su cometido, mezclando

latinajos con un inglés que parecía pronunciado por una corneja gangosa —en expresión de Sir Richard—, pero cerca de la madrugada, cuando ya parecía que el músico había aceptado ir a desayunar con Calvo, apareció por allí otro miembro de su banda y, tras escuchar la oferta de los españoles, deslizó un comentario que alteraría el curso de los acontecimientos. Totalmente beodo, con la liga de una mujer alrededor de la frente, el advenedizo propuso un brindis fraternal, soltando con sarcástica mala uva una frase que, traducida por un atribulado Torices, desencadenaría la risa de su colega y la cólera esteparia del comisario:

—It's going to be so funny watching this fucking fascists moving their asses around, isn't it Cliff? We could even play in Gibraltar!

Todo lo que sucedió después (incluyendo los grititos aguachentos de Hughsbury), se precipitó de un modo tan vertiginoso que es difícil no extraviarse en la cronología trepidante de los hechos. Incluso la aparición de dos negros musculosos, cuya presencia había pasado inadvertida en la fiesta, resultó de una violencia inverosímil, aunque bien es verdad que la conmoción provocada por la reacción de Calvo —arrojándose al cuello de Cliff Richard como un poseso— favoreció que la escena se desquiciara y adquiriese entre el clamor de los golpes un tinte delirante. Hubo hostias para todos y en un momento dado, mientras el famoso cantante huía a gatas de la habitación, ésta acabó por parecerse al camarote de los Hermanos Marx (algo que seguramente enfureció todavía más a Calvo), mientras Torices, de escasos recursos pugilísticos, hacía lo propio por un balcón.

Lamentablemente el comisario Calvo, que había combatido en la División Azul, se empecinó en limpiar el honor patrio a costa de su integridad y minutos después, golpeado arteramente con una silla de estilo Tudor, rodó por el suelo como una bola y con su cráneo hecho puré. Envuelto en una alfombra persa, y a hombros de un negro que era una estrella de rugby local, acabó sus días hundido en el legamoso lecho del Río Támesis.

Hasta aquí la historia de estos dos héroes anónimos, pues como es universalmente sabido, el 6 de abril de 1968, apenas diez días después de su llegada a la capital de Inglaterra, España conseguía milagrosamente que una deslumbrante Massiel triunfase con su inolvidable canción en el incomparable Royal Albert Hall de Londres. Cliff Richard, el favorito en las apuestas con su *Congratulations*, quedó segundo, y la francesa Isabel Aubert

se alzó con el tercer puesto gracias a una empalagosa balada de aire pastoril. Richard apareció en escena con su aire seductor y dominante, vestido para la ocasión con una levita azul eléctrico y una camisa con chorreras —que fue muy celebrada—, aunque sólo él, y un fiambre que viajaba con sus pulmones encharcados por el Támesis, sabían que esa camisa ocultaba las huellas que habían dejado en su cuello las garras de un violento comisario de Vallecas.

A su regreso, Massiel rechazó el Lazo de Isabel La Católica que le otorgó el Caudillo, galardón que, sin duda, hubiese aceptado con servil gratitud el aludido Calvo.

En cuanto a Torices, poco más se sabe de su destino, salvo que abandonó la profesión de detective, se puso a limpiar vasos en un pub y años después tuvo la suerte de regresar al Albert Hall, en esta ocasión a escuchar en su glorioso escenario la guitarra de Jimi Hendrix.

De esta crónica, escasamente conocida y divulgada en nuestro país, sólo quedaría la ceniza de un estribillo que, si la memoria no nos falla, decía escuetamente: La, la, la.

---

MIGUEL PAZ CABANAS, nacido en Sestao, reside en León desde 1988 y trabaja en el ámbito de la inserción laboral de colectivos excluidos. Su obra abarca el ensayo, el relato y el artículo periodístico. En 2004 publicó *Cuentos crueles para leer tumbado en la cama*, de Ediciones Leteo y en 2010 la novela *El viaje del idiota* en Ediciones Baile del Sol.

# Azul negro

HORACIO CONVERTINI

Ya no aguanto más. Han sido muchos días de mal dormir, demasiados. Y este asfixiante sentido de la fatalidad: tal vez nada resulte más terrible que la certeza de saber que mañana y todos los mañanas serán iguales. Su voz, leyendo a Wilde, me llega ahora amortiguada por la niebla espesa de cansancio que me envuelve. Ella, la causa de esta locura que amenaza con destruir mi vida. Debo decírselo, volver sobre el tema. Poner fin a nuestra relación sin darle grandes explicaciones. Utilizar una lógica sencilla pero tajante, propia del rol que ocupa cada uno. Me duele la cabeza, las manos me tiemblan. En mi debilidad tengo que encontrar el coraje.

—Perfect, Elcira, as usual.

—Thank you, George...

Los ojos azules le brillan y trato de no mirarlos; estoy seguro de que ellos contienen la clave del misterio. Sé de su poder, o al menos de lo que logran en mí: eclipsar cualquier otra mirada durante horas, irrumpir en las noches invadiéndome el sueño. Lo azul entonces se vuelve negro y crece hasta absorber lo que me rodea. Un pozo oscuro sin paredes ni fondo, que me atrae como si quisiera devorarme y que desata en mí la mecánica física de una agonía que jamás he sentido en otras circunstancias.

—Tan perfecto que me hace sentir mal... —ataco.

—Please, George, not again...

Busca con sus dedos largos y finos la cigarrera de oro que ha quedado oculta bajo el caos de papeles y libros que cubre la mesa. Toma un cigarrillo. Lo prende. Transforma ese acto mínimo, simple, en una especie de ceremonia para representar su fastidio.

—Estas clases no tienen sentido —insisto, y para no rendirme tan pronto decido clavar la vista en el retrato de la pared opuesta: un general de bigotes enulados y el pecho lleno de medallas; su bisabuelo, héroe de la Independencia. Elcira, compréndame, usted maneja el inglés con tanta o más solvencia que yo. A veces creo que cuando comete un error es sólo para justificar mi presencia aquí. Una forma de piedad...

—La práctica es muy importante.

—Podría lograrla viendo la BBC sin tener que pagar un peso —bien, bien, así, un argumento sensato por cada excusa.

—Escuchar no basta. Alguien con quien hablar es fundamental para mantener vivo el idioma, usted mismo lo dice.

—Podría inscribirse en el Club Británico, Elcira. Allí siempre encontraría alguien con quien conversar. Todos los días y a cualquier hora.

Excelente. Nunca llegué tan lejos. Ella hace una mueca extraña con sus labios pespunteados por las arrugas. No alcanzo a interpretar si es de disgusto o de resignación. Da una pitada profunda al cigarrillo, estira el cuello de tortuga, exhala una nube densa de humo.

—George, please, cómo se le ocurre que a esta edad voy a salir de casa a intimar con desconocidos —dice por fin entre suspiros.

—Vamos, Elcira. Usted es una mujer encantadora. Haría nuevos amigos sin ningún problema.

—¿Pero qué tiene de malo que sólo me guste charlar con usted? Mientras le pague...

—Es eso, justamente —miento—. Me da la sensación de que le estoy robando la plata.

—Dinero no me falta...

—Usted me entiende: es una cuestión ética.

—Por favor, George, no me haga reír...

—Si lo que la complace es mi compañía, yo podría venir gratis —no suena convincente, me doy cuenta enseguida, pero continuo—. Tomaríamos el té, veríamos alguna película, charlaríamos sobre las noticias del día...

—Como amigos... —sonríe, y me busca los ojos con descaro.

—Exacto —respondo, y me esfuerzo para que un detalle del retrato del militar, cierta irregularidad en los filamentos dorados de una de las charreteras, se convierta en el foco de mi atención.

—Mire que resultó buena persona, George. Yo tengo ochenta años y sé mucho de la vida. Usted vendrá una vez, dos, tres a lo sumo, favorecido por el impulso inicial de haber tenido un acto generoso con una señora mayor. Pero enseguida empezarán los problemas. Una cosa es ayudar a cruzar la calle a una anciana. Otra, tenerla colgada del brazo de manera permanente como una carga. ¿Cuánto tardará en hartarse? ¿Cuánto tardará en inventar una excusa para no verme más?

—¡Jamás le haría una cosa así!

Alzo la voz, sobreactuó. Mi juego ha sido muy inocente o ella es muy astuta. Se me ocurre, de pronto, la idea de que sus ojos azules son como una máquina de la verdad; penetran los pensamientos y detectan los significados ocultos, lo no dicho, el revés de las palabras. Escondo las manos debajo de la mesa para que no note que no puedo tenerlas quietas.

—Sea honesto, reflexione —sigue—. ¿Acaso le diría a su mujer: no querida, hoy vuelvo de madrugada porque tengo que ir a cenar con una viejita de ochenta años? ¿Para qué engañarnos, George? El dinero equilibra la ecuación. Y me permite evitar el odio de su mujer.

—Mi mujer...

No, no es por ahí. Me arrepiento en el acto. No puedo confesar que mi esposa acaba de abandonarme. Que ya no soportaba mi irritabilidad, el deterioro físico sin causa aparente, esas ráfagas de sueño, cada vez más breves, que me retorcían en quejidos, en sudores, en palabras sueltas que se filtraban de mis labios cerrados y que, según ella, telegrafaban voces de un mundo siniestro que la asustaba. Parecés otro, decía, alguien poseído por una fuerza extraña y perversa, alguien que definitivamente no es el hombre con el que me casé. Me rogó que fuera a un psiquiatra, que dejáramos la ciudad y empezáramos de nuevo en otro sitio más tranquilo, porque a veces se le daba por pensar que la culpa de todo la tenía el estrés de vivir en una capital como Buenos Aires. Pero yo no entraba en razones: le gritaba las peores cosas, descargaba en ella la angustia que se me encarnaba por las noches. Un día, enfurecido, le puse un cuchillo de cocina en el cuello y un hilo de sangre manchó la gargantilla que le había regalado para nuestro primer aniversario. Ese fue el límite. La pobre hizo las valijas llorando y se fue.

—Elcira, Elcira, por favor —trato de volver al punto, resistir—, hay tantos profesores....

—Ninguno como usted.

—¿Por qué?

—¿Quiere la verdad, George? —se pone de pie, rodea lentamente la mesa con paso tembloroso—. ¿Quiere saber por qué es único?

Me hundo contra el respaldo de la silla a medida que se acerca. Me clava los ojos como si quisiera atravesarme con la mirada. Siento un mareo extraño. Lo azul. Lo azul negro, de nuevo. El pozo que lo absorbe todo.

—Habrá de saber que estoy enamorada de usted, George, como una chiquilina. S , créame, me siento joven y fresca dentro de este cuerpo que es como una mortaja en vida; joven y fresca, aunque las rótulas me duelan los días de humedad y a veces me cueste reconocer mi cara frente al espejo; no, no, que esa no soy yo, que yo tengo el pelo dorado, espeso y largo, y un cutis rosado que de tan terso parece el de las muñecas de porcelana que tra a mi padre de Inglaterra; no, no, si viera George lo que es mi cuerpo, no éste que arrastro como una carcaza indeseable, un disfraz macabro del que no puedo deshacerme aunque hunda las uñas en la carne hasta sangrar; no este cuerpo sino el verdadero, una figura perfecta, proporcionada, mis pechos que se deslizan en suave ca da para erguirse luego en dos pezones como frutillas, pechos que no dieron nunca de mamar para no perder el volumen y la cadencia que todos admiran. La cintura, tan pequeña que a un hombre como usted le bastaría una mano extendida para rodearla. Y las piernas, largas y firmes, d ciles para la plástica del amor...

Su mano me alza la cara para que mis ojos no huyan de los suyos. Me fundo en sus palabras. Ya no puedo resistir más. Cedo.

—Enamorada, George. He grabado en secreto nuestras clases sólo para volver a escuchar su voz durante mis noches interminables, cuando el mundo exterior parece morir y transformarse en el vacío absoluto, cuando el silencio se vive no como una oportunidad para el descanso sino como un castigo. Sola, imagínese, y usted en un pequeño grabador escondido debajo de mi almohada, y su voz que me dice palabras al oído, palabras a las que les doy la forma y el sentido que deseo. Así, mágicamente, retrocedo cuarenta años y aparezco en Londres. Usted es el joven que me sigue mientras camino por Regent Street. Mi marido, el ilustre embajador, está lejos, se ha ido a Buenos Aires, lo han mandado llamar; una crisis política más, otro golpe palaciego. Tal vez ahora le den ministerio por el que ha conspirado como Judas. Yo, que acabo de gastar una fortuna en las tiendas de moda para ocupar las horas muertas; yo, que debería volver rápido a la embajada porque me espera un t  canasta con arp as que me envidian porque soy bonita y les enrostro mi desdén en las narices; yo, le decía, que sigo caminando sin rumbo sólo para escuchar sus pasos detrás de mí y la respiración que se le agita mientras me alcanza...

De pronto, el azul negro se desvanece en una Londres otoñal, limpia de brumas, extrañamente radiante. Quizás el milagro obedezca a la

luminosidad de la mujer perfecta que va delante de mí y que cada tanto mira sobre su hombro para verificar que yo siga detrás, persiguiéndola como un mastín. Aunque parezca lo contrario, yo no soy el que la acosa sino que es ella la que me atrae. Ejerce sobre mí un poder magnético. Una fuerza invisible, que parece no provenir de mí, acelera mis pasos, enloquece mi corazón, me desespera. Ella tuerce en Charles Street hacia St. James Square. Corro, porque temo que vaya a entrar a algún edificio y desaparezca. Pero al doblar la esquina la tengo más cerca que antes. Puedo, ahora sí, oler su perfume. Escuchar su respiración que, como la mía, sigue el compás irregular del deseo. En la plaza se detiene, como invitándome al asalto definitivo.

—Y usted que finalmente se anima, George, y me aborda, y me habla en un inglés suave y musical. Usted, que descubre mi acento extranjero porque no diluyo en la boca el final de las palabras, y yo que siento que el corazón se me desgarrar de ansiedad de solo pensar que gastaremos la tarde en un juego de seducción superfluo, innecesario. Que no hay tiempo, George, que no hay tiempo, y le pido que me lleve a cualquier lado, a ese hotel, sí, ése, no importa el precio, yo pago, pero lléveme y hágame el amor. Me desnudo con apuro y torpeza, un botón de mi camisa de seda vuela por los aires y usted se ríe, George, y en venganza le muerdo el hombro, macizo, firme, lampiño, maravillosamente lampiño, y lo empujo a la cama y lo monto como si la fiebre que me nace de las entrañas me diera convulsiones. Todo mi cuerpo es una única zona sensible, un pezón gigante que se eriza con el roce físico, que se agita en pequeños escalofríos, que palpita con nuestros movimientos frenéticos y desencajados. Ya no somos dos cuerpos sino uno solo; no somos un hombre y una mujer sino una especie nueva, un animal de ocho extremidades enredadas caóticamente que ahora rueda por el piso, indiferente a cualquier cosa que no sea ese placer diabólico y violento. George, George, grito, mientras maldigo a mi marido, maldigo a mis hijos, mientras pierdo el aire en el último esfuerzo y siento que los músculos del vientre me estallan en un gozo desconocido. Cuando despierto ya es de día, Londres ha muerto, el mundo empieza a ponerse en movimiento, hay humedad y me duelen las rótulas. Ya no se oye nada a través de la almohada... Sólo me queda mirar el reloj y contar las horas hasta su regreso... Do you understand me? Do you understand me, George?

Abro los ojos y es noche cerrada. Reconozco, por las siluetas en sombra,



los muebles de mi habitación. Estoy desnudo y cansado. Tanteo la cama y descubro que no hay nadie más que yo sobre las sábanas ardientes y húmedas. Lo azul negro ha desaparecido, como el hotel de Londres, como la mujer perfecta. Prendo la luz. Me levanto. El espejo que está sobre la cómoda reproduce los trazos cortantes de mi cara consumida. De eso se trata, entonces. Mi voz atrapada en un grabador, mi cuerpo tomado por un sueño ajeno. Elcira, digo. No debo volver más, no voy a volver más. Lo pienso, lo juro. Pero miro el reloj y empiezo a contar las horas. Como hará ella cuando despierte y bajo su almohada sólo haya silencio.

---

HORACIO COVERTINI nació en Buenos Aires en 1961. Es periodista y escritor. Ha publicado el libro de relatos *Los que están afuera* (segundo premio del Fondo Nacional de las Artes 2007), la novela *El refuerzo* y las novelas infantiles *La leyenda de Los Invencibles* y *La noche que salvé al Universo*.